

Luiz Ruffato

La verdadera historia del Sapo Luiz

La verdadera historia del sapo Luiz

Luiz Ruffato

Rey Naranjo Editores

Bogotá, 2018



Tomado de <http://isaiaspeng.blogspot.com/>

169

Libros

Esta bella historia del gran escritor brasileño Luiz Ruffato, escrita para niñas, niños y jóvenes, es un perfecto ejemplo para romper los estereotipos usados continuamente en una literatura infantil repetitiva y superficial en contenidos, y para llevar a los chicos por el camino de los sucesos inesperados que les harán descubrir lo profundo que es el ser humano.

Cuando se conoce en persona a Luiz Ruffato, uno de los escritores más importantes de la literatura brasileña contemporánea, se encuentra con un hombre sencillo, pero, como todo lo sencillo, en el fondo es muy complejo. Y, de la misma forma sencilla en que se lo ve, él empieza a contar su vida, que contada de esa manera se vuelve maravillosa, sorprendente. Su madre fue empleada de servicio, su padre fue el segundo mejor vendedor de palomitas de maíz de su ciudad. Luiz Ruffato no sabe cómo llegó a convertirse en escritor. Todo comenzó con una historia un tanto fantástica. Él era muy tímido y, para esconderse de la gente y de sus amigos del colegio, fue a ocultarse en la biblioteca.

Ese niño tímido llegaba todos los días y se quedaba en un rincón de la biblioteca sin hacer nada y dejaba que el día se fuera, hasta que la bibliotecaria lo vio y se le acercó con un libro en la mano. “Yo sé lo que

buscas”, le dijo. Él se asustó. ¿Qué era lo que buscaba? Ella le entregó un libro. No era una novela, ni un libro de poesía, ni de ensayos o de cuentos. Era un libro de electrónica, aunque bien pudo haber sido un libro de empaques para cajas o sobre las eras de la tierra. A la bibliotecaria, por lo visto, no le interesaban los temas solo los libros.

“Léelo y en una semana lo traes”, le dijo. Así comenzó todo. La bibliotecaria, semana tras semana, le pasaba los libros más raros del mundo y él los leía. No tenía más que hacer. En su casa, su padre, cada vez que lo veía llegar con un libro le decía: “¿Y eso qué es?”. “Me lo dio la bibliotecaria”, respondía. De esta forma fue entrando en la lectura, leyendo de todo: quiromancia, cómo arreglar antenas, geografía. Uno de esos primeros libros trataba acerca de Kazajistán. Luiz se preguntó dónde podía quedar aquello y qué era eso de la nieve. Él vivía en el municipio de Cataguases, en el estado de Minas Gerais, y ahí solo había calor. Así se fue formando como lector, que es el requisito principal para ser escritor.

Años después vendrían sus grandes novelas, los reconocimientos, sus lectores en muchos lugares del mundo. Y vendría su primer libro infantil, escrito en español, titulado *La verdadera historia del sapo Luiz*.

Había una vez un reino distante, perdido en medio de un bosque. Allí vivía un rey muy bondadoso, que gobernaba sus tierras con justicia, sabiduría y generosidad. Él vivía en un castillo enorme y daba largos paseos los domingos, acompañado por la reina. Ambos visitaban a los súbditos, oían sus quejas, solucionaban conflictos y auxiliaban a los pobres, a las viudas y a los enfermos.

Así empieza esta aventura en la que estos reyes benévolos viven en su reino, hasta que un día un pájaro le dice a la reina que tendrá un hijo y, como era de esperarse, aunque el padre quería que fuera un niño, nació una niña. El rey, en vez de decepcionarse, sale por los corredores gritando: “¡Nació y es una niña! ¡Nació y es una niña!”, y se encarga él mismo de contar la noticia a todos los reinos vecinos. Juliana, como fue llamada la recién nacida, asumiría un día su lugar, afirma el feliz rey. La niña crece con el amor de los padres y la paz del reino hasta que llega a la edad en que tiene que casarse, y ahí empieza la aventura, pues nadie en el reino y fuera de él parece estar a la altura de la joven. Pasan los años y el pretendiente no llega, los padres se preocupan y ella misma no se siente bien. Entonces sale la leyenda de que el ser indicado para ella ha sufrido un terrible hechizo y se encuentra convertido en un sapo. Y solo el beso de Juliana revertiría el hechizo: “Claro, el príncipe destinado a Juliana no existía... en la forma humana... porque estaba encantado. Apenas lo besara, él se revelaría como un joven bonito, elegante e inteligente, y ella entonces podría desposarlo”.

Entonces la princesa recorre el reino besando a cuanto sapo exista, solo que todo no resulta tan fácil: el tiempo pasa y nada ocurre. Ella se cansa de besar sapos y por ningún lado aparece su príncipe indicado. Y un día, en el que las esperanzas se han perdido, la princesa se encuentra con Luiz, el sapo amarillo: “Entonces vio, en un rin-

cón, a un sapo solitario, amarillento, parcialmente sumergido en el agua”.

La princesa lo besa con la esperanza de borrar el hechizo y se encuentra con algo sorprendente:

... nada pasó. Él permaneció feo y amarillento frente a ella. Inconsolable, el aya lo agarró, lo metió nuevamente en la jaula y llamó al caballero para que lo devolviera al charco. Pero... algo había sucedido con la princesa... El corazón le latía con otro ritmo... Las piernas le flaqueaban... La cabeza le daba vueltas... Se sentía flotando ligeramente por encima del suelo... El cuerpo no le respondía...

Pero todo se ha echado a andar. La princesa saca del pantano al sapo Luiz y se lo lleva a su reino contraponiéndose a todos los comentarios así sean de sus padres:

No obstante, cuanto más se alargaba la convivencia con el sapo, más convencida estaba la princesa de su inmensa felicidad. Ella compartía con él todo lo que le venía a la cabeza: sus anhelos, sus fugaces alegrías, sus angustias, sus pequeños placeres.

La princesa decide casarse con el sapo Luiz, que no se convierte en príncipe. Los padres al principio no entienden, pero aceptan; la gente se burla el día de la boda, el rey exige respeto por la decisión y lleva a su hija y al sapo a todos los reinos vecinos para que los conozcan. Pasa el tiempo y el sapo Luiz no se transforma. Y jamás se transformará: “Muchos y muchos años después, la princesa se convirtió en reina y gobernó su pueblo con justicia, sabiduría y generosidad. Y Juliana y el sapo Luiz vivieron felices para siempre”.

Así termina la historia donde en apariencia no ocurre nada; sin embargo, ocurre todo. Luiz Ruffato parte de la tradición del cuento clásico, de la herencia de los hermanos Grimm, de Hans Christian Andersen y de pequeños pincelazos de Lewis Carroll. Y la maravilla del sapo Luiz es que le da un

giro a ese cuento clásico. Después de que los grandes precursores de la literatura infantil dieran al público sus obras, una serie de copias hechas a la ligera y sin ningún aporte empezaron a pulular como obras infantiles y así el maravilloso y potente universo de estos cuentos cayó en estereotipos. El beso de la princesa al sapo para que se transformara en un bello príncipe llegó al agotamiento, como el asunto del padre contrariado por tener una niña y no un varón, o el feliz matrimonio y el júbilo de todos el día de la boda. Ruffato revierte estos lugares comunes y hace de estos clichés de nuevo arquetipos para que los niños comprendan el funcionamiento de los seres humanos a través de una metáfora infantil: la princesa besa al sapo y no se transforma en príncipe, la princesa se enamora del sapo, el rey se siente dichoso al tener una niña como hija, el día de la boda todo es confusión y burlas, el reino lo hereda una mujer y gobierna con justicia, sabiduría y generosidad, y, fundamentalmente, la princesa escoge a su sapo y se casa con él sin importarle nada porque se siente enamorada.

La verdadera historia del Sapo Luiz es una muy bien lograda historia infantil don-

de los conceptos inamovibles infantiles se transforman y dejan una huella profunda. El libro está ilustrado de manera hermosa con las imágenes de los personajes, los reinos, los paisajes, las situaciones y, de manera sutil e ingeniosa, los gestos psicológicos de los personajes principales. La ilustradora, Flor Capella, argentina radicada en Buenos Aires, logra con el color impregnar el calor de la historia. Las imágenes nos evocan paisajes antiguos con personajes que nunca hemos visto y un discreto sentido del humor en ellos nos hace encariñarnos con sus aventuras. Sin duda alguna, tanto escritor como dibujante han logrado un libro que es un giro de tuerca necesario y pertinente para tanta literatura infantil que considera a los niños como actores pasivos y vuelve a refrescar el universo de estos libros, porque escribir para chicos es complicado. Estos autores no subestiman a sus pequeños lectores y por eso les proporcionan contenidos complejos y estéticos. ■■

JOSÉ MARTÍNEZ SÁNCHEZ
Narrador y ensayista.

Liliana Moreno Muñoz

Salto

Salto
Liliana Moreno Muñoz
Uniediciones
Bogotá, 2018.



Tomado de <http://bit.ly/2QSELCh>

Tránsito de un espacio a otro; altura y extensión del movimiento que el cuerpo impulsa; viento propio que impele a cambiar de sitio, hete aquí algunas posibles acciones poéticas del salto Y, en este caso particular, *Salto*, como celebración y riesgo, fluido de signos entre lenguajes salteando peajes, miedos, impedimentos.

En lo que hace la creadora, poeta y profesora Liliana Moreno Muñoz, percibo que huella el terreno de la *poiesis* con memoria e invención, desde míticos giros cosmogónicos hasta ese cuerpo a cuerpo con la palabra que encarna la revelación de la voz. Un draos entre el adentro y el afuera, un trazo personal entre *performance* y escritura, entre lo que se gana y se pierde en el salto *from stage to page*.

Léase una posible “guía de saltos” que este libro ofrece, entretejidos: *Salto intermedial* transita desde la exposición “Obra en obra / escrituras desde el cuerpo” hasta este libro que se tiene entre manos.

Los textos surgen primero como bitácora del proceso creativo de esa muestra colectiva que nucleó a artistas, estudiantes y docentes del programa de Creación Literaria de la Universidad Central de Bogotá, y que la misma maestra y poeta gestó y coordinó. El Salto fue entonces guía, una hiedra para avanzar en el bosquejo de esa muestra que finalmente tuvo lugar los días 21 y 22 de noviembre de 2017.

Con entusiasta asistencia de un público de “lectores itinerantes”—como también lo son los miles de lectores del proyecto “Al aire libro” que Liliana y Zayda Ayala realizan desde hace años— allí hallaron lugar, literalmente, muchos poemas escritos con materiales no habituales —cereales, polvo, lana, entre otros— en múltiples soportes —tierra, pizarra, calabaza, piso, paredes— además del papel impreso o escrito a mano, en objetos cotidianos, en pantallas, en cerámica, en puntuales formas escultóricas.

Salto intratextual es el que se produce entre “El grito de Bague”, cuyo texto se traslada desde la última sección del libro anterior de la poeta —*En lengua de bruja. Partitura para cuerpo y voz*, 2015—, hasta la apertura de este “Salto (poema entretejido)”.

Lengua y salto son metonimias de una sustancia en la que confluyen lenguaje y cuerpo: instrumento y acción que posibilita el brote de unas voces que tejen flores verbales.

Las sinestesias que pueblan este bosque-telar no son simbolistas sino territorializaciones del plano horizontal, que conecta entre sí los cinco sentidos y sus otras combinaciones límbicas. Y en sus imágenes se percibe un entrañable hilo de voz con la tapicera hechicería andina de la Violeta Parra.

Salto interzonal acontece cuando la voz trina de las divinidades muiscas habla

desde la memoria imaginada. Lo hace sin orden y desde su fértil caos, y se muestra en grafías diferenciadas (cursiva, negrita, normal) en el libro *En lengua de bruja*. En este salto, los gritos texturados, las voces murmurantes, las flores mascadas en silencio conforman el tejido y las trenzas que bien podrían incluir el eco sonoro de Chía, Huitaca y Bagué —todas manifestaciones mitológicas de la gran madre— y encienden sus signos cosmogónicos, reescribiendo el telar, tejiendo la voz.

Pero, sin ir tan lejos, quienes conocen a Liliana saben que, en su conversación, en el día a día de su versión cotidiana, ella suele hablar en primera persona del plural, naturalmente. La poeta es, también, una “portadora de voces”, voces que provienen de la comunidad, voces del arriba y del abajo (“en nuestros cuerpos / tan terrenales que celestes / Aleteo de ávidas aves/muy cerca”), de la tierra y del cielo, voces trasmundanas, voces sagradas y hasta carcajadas de los ancestros. Toda una polifonía peregrina que encuentra su cauce en este cuerpo textual que recibe y, a la vez, arroja nuevos brotes. Hay una amorosa y dolidada energía atravesando capas geomíticas en la poética de estos libros. El cuerpo que los pare y la escritura que los registra conforman un hacer incesante:

Soy mujer de un solo libro
que se reescribe infinito
en el canto de los días

Salto visual acontece cuando en los poemas se asiste a una espacialidad que conjuga el dibujo de la letra con las significaciones de su decir. En “Salto a la vista y en secreto” lo que rompe los ojos es una forma femenina de jarrón, dibujada con sólo dos palabras que hay que descifrar en espejo: “Nueva piel” (p. 33). El molde originario de ese “poema en figura” fue una calabaza o un mate de calabaza inscripto con letras blan-

cas y expuesto en “Obra en obra”. Allí las palabras eran tres: “nueva piel eva”.



Si bien la referencia del mito hebreo se perdió en el “salto” del objeto hacia la página, en el encanto redondeado de la forma resplandece la seducción de la mujer —según los arqueólogos, en las piezas de cerámica y barro originarias, la curva representa la atracción por excelencia del cuerpo femenino—.

El *Salto conceptual* tiene lugar en toda la obra, y comienza con el título “Salto de página”, al que sigue una hoja en blanco que, a modo de espejo, imprime cierto juego de humor en el rostro del lector.

Además, hay conceptualidad en el uso de los paratextos, en especial en las notas al pie de página. Estas toman toda una página si es necesario, de manera tal que sus argumentos cumplen a sus anchas la función metapoética a la que están destinados. Es decir, instalan en cursiva discursos especulares y especulativos que amplían y contrastan el registro lírico. Sirva de ejemplo la extensa nota 3 de la cual cito un primer fragmento:

Lo maldicho se marca en la pantalla con un mar rojo. Así, la palabra “generacional” se corrige automáticamente. No contempla la licencia esta maquineta. Reconoce sólo a las sometidas —a las palabras sometidas— y termina subrayando en rojo y en hondas. Un mar de sangre, nos advierte, allí, debajo.

Debajo. Sin embargo, debajo. Parece que hay junturas que no soporta ver. Palabras que, a su juicio, no deberían andar tan juntas. “Es enfermizo”, pensará la maquineta, “es pecaminoso”, “monstruoso” (...).

Un salto crítico en el que se explicita el hecho “generacional” desafía la quietud y las estrechas normas de la maquinaria ciega, la maquineta obediente de lo preestablecido. Esa otra cara de esta poética que se presenta en lucha con las limitaciones de maquinarias hoy reaceitadas: la burocracia de la tecnología, la tecnología de la educación burocratizada, la maquinaria de una retórica predecible o estándar para lo poético, etc.

Ante tales inquisiciones surge aquí la desgarrada voz de una Tiamat babilónica que surge con firmeza para defender a dentelladas su monstruosidad indómita.

Este nuevo salto de “AmHada PoeZía” es, para ir dejando paso al sabor de su textura, un vaso comunicante entre naturaleza y lenguaje. Es el devenir de un hilo telúrico que hace nido en la página, mientras va tejiendo la voz de otro cantar que dará su fruto en nuevo telar, de modo que abre el círculo al rastro espiral.

LUIS BRAVO

Poeta uruguayo, Universidad de Notre Dame.

Milcíades Arévalo

Manzanitas verdes al desayuno

Manzanitas verdes al desayuno
Milcíades Arévalo
Ediciones Exilio
Bogotá, 2009



Tomado de <http://bit.ly/2QV0tWY>

El libro *Manzanitas verdes al desayuno* de Milcíades Arévalo es publicado en 2009 por Ediciones Sociedad de la Imaginación y reeditado en 2017 por Ediciones Exilio. Allí encontramos dieciocho historias a través de las cuales el autor adentra sus relatos de cotidianidad, marcados por el deseo, la sexualidad y el erotismo. En cada una de estas historias el común denominador es la fantasía y la condición humana en sus distintas facetas. Por ello, a través de cada uno de estos relatos, lleva a reconocer los distintos estados emocionales, afectivos, ideas y deseos por los que atraviesan los personajes, de modo que los convierte no solo en la ex-

cosa para hablar de sexo, sino para contar historias de seres de carne y hueso comprometidos de lleno con la vida.

Cada historia relata un personaje: escritor, novio, padre de familia o esposo, y, sin importar cuál es el rol que desempeña, el autor logra crear una visión masculina a través de la cual se representa la cotidianidad. Un modo de ver el mundo desde el deseo, desde los imaginarios que se van construyendo en nuestra sociedad y son parte de la colección de referentes que marcan nuestra cultura.

He de confesar que al ver la portada vinieron a mi mente nombres emblemá-

ticos de la literatura erótica como Sade o Nabokov. Estos, a su vez, fueron minando mi cabeza con palabras como *placer* y *lujuria*, recordando algunas fantasías sexuales y otras tantas fantasías textuales: en resumen, esperaba que el libro fuera esa combinación entre literatura y deseo, entre el placer terrenal y la experiencia metafísica del arte del amor.

Las palabras de Milcíades, por sí mismas, se enmarcan dentro de un universo de sexualidad y el marco erótico está presente; sin embargo, en el desarrollo, aspectos como los dilemas éticos y las dudas existenciales del personaje saltan al plano principal. Su narrativa pasa de retratar una construcción de un erotismo carnal, a trascender la experiencia física e ir hacia la elaboración de historias que se entrelazan con psique humana y azares del destino. Es un erotismo que dista de aquel que podríamos encontrar en los universos del Marqués de Sade, o Hernán Hoyos (el pornógrafo) pues, mientras el primer autor adentra en el género erótico desde los excesos, los contrastes y las perversiones sociales, el segundo escribe desde la voracidad sexual, el deseo explícito, el acto erótico como fin último para el lector las descripciones gráficas que buscan satisfacer el instinto básico: el morbo. En el caso de Milcíades, el autor busca adentrarse en reflexiones del ser humano, preguntas profundas y descripciones que se hacen necesarias para socavar y comprender las preocupaciones y deseos del alma humana.

En *Manzanitas verdes al desayuno* hay personajes cotidianos inmersos en la urbe, con preocupaciones como el ejercicio del escritor, con carencias económicas o carencias de amor, que recuerdan que el erotismo es una faceta de la vida, indudablemente ligada a las particularidades de la experiencia humana. Podemos acercarnos al sexo a través de la literatura, pero el personaje no puede desprenderse de quién es. Sus

estados anímicos, su euforia, su pudor, su libido o sus complejos son los que terminan permitiendo que una obra se acerque a una realidad y no quede en personajes estereotipados.

El libro comienza con un protagonista, que es personaje y narrador al mismo tiempo; un escritor en primera persona que nos adentra en la historia de “Alina y el fuego”, una exploración a través de la palabra, un recorrido por la ciudad, un paseo por la identidad del ser humano y los azares del destino.

Milcíades comparte en este libro una experiencia que trasciende el plano erótico, pues sus historias no solo llevan a viajar a través de la imaginación por sentimientos y emociones, sino que construye un universo en donde somos espectadores del sentimiento humano. Sus personajes son abatidos por el destino y se debaten entre los extremos de la dicha y la miseria. Son seres de la humanidad, que mientras tienen las reflexiones más profundas y trascendentales, están en lo mundano.

En el libro, los personajes están atrapados en una sociedad donde la muerte es mujer y no sabe nuestro nombre, donde la guerra y violencia que ha padecido nuestro país es telón de fondo de su trágico destino y nos sumerge en una profundidad de tristezas, desesperanzas y melancolías que permiten socavar cada una de las capas de las que está hecho el ser humano.

Encontramos así la historia del amor y del matrimonio; la historia del amor por los hijos y de los amantes; la historia del deseo, de entrega, y de ser correspondido. Por ello, en medio de la narración, las palabras construyen una fantasía que se va fundiendo con la realidad, y los pasos del personaje se confunden con los del lector.

Posamos frente a una realidad que es fantástica y al mismo tiempo, en su cotidianidad, hace parte de cientos de vidas, de

quienes transitan las calles del centro de la ciudad, de quienes van por la vida con el apego por la literatura en un mundo que sabe muy bien de amores no correspondidos. Esta narrativa autobiográfica gusta mucho cuando el lector descubre que...

En cada una de sus historias, el autor logra que el lector se identifique con sus personajes, pues en medio de esa narración en primera persona, encuentra relatos íntimos tan propios como nuestros miedos, personajes cargados de traumas y con los cuales es fácil lograr identificar y conmoover hasta el grado de encantarnos. Son relatos que logran experimentar el destino trágico de la humanidad, y recuerdan en breves reflexiones que el ser humano padece de melancolía, de tristes desencantos, de amores

incompletos que se entrecruzan con breves y divertidas anécdotas de amor. Los personajes se apegan a sus deseos, son feroces, celosos, sufren y mueren.

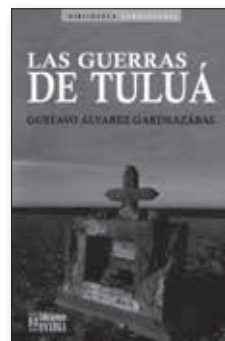
Desde el otro lado, el libro es una historia de las mujeres que van construyendo los recuerdos de un hombre. Mujeres que recobran todo su sentido, pues el protagonista es estático y son ellas quienes al final dan un argumento al libro. Son mujeres con rostros, nombres, y características que cambian, son mujeres que mutan, y quizás no están en el centro de la historia, pero, sin duda, cuya presencia constituye el eje de la narración, pues sin la esencia de la mujer, ninguna de estas historias pudiera ser escrita.

ALEJANDRO PLUMA

Gustavo Álvarez Gardeazábal

*Las guerras de Tuluá**

Las guerras de Tuluá
Gustavo Álvarez Gardeazábal
Ediciones Unaula
Medellín, 2018.



Tomado de <http://bit.ly/2sgcASX>

Cómo nos matamos en Colombia

Por qué y cómo se han matado en el corazón del Valle son cosas que cuenta Gustavo Álvarez Gardeazábal en *Las guerras de Tuluá*, una publicación de Ediciones Unaula. Conformado por veinte relatos, el libro recrea una serie de escenas bélicas de la región en orden cronológico: desde una protagonizada

por el cacique pijao Burrigá, un indio rezado dueño de fuerza y maneras sobrenaturales; pasando por el duque de Wellington, un inglés que vino a traerle esterlinas a su paisano Tyrrel Moore, quien andaba en las minas de Marmato, hasta Calígula Restrepo, un malvado a quien mataron con un método grotesco, acorde con su vileza, y otro rezado, un sicario del tiempo actual.

* Reseña publicada en la versión digital de la revista *Arcadia* (2018, septiembre), <https://bit.ly/2ImDVHD>.

Los relatos tienen de cuento, crónica y testimonio. Están documentados en los archivos, la tradición oral y en la memoria del autor surtida con episodios oídos o padecidos.

Estas son las primeras líneas del volumen, en una especie de introducción:

En Tuluá hemos vivido todas las guerras. De todas hemos salido. Por eso, tal vez, no le tenemos miedo al posconflicto ni a los bandidos, ni a los criminales ni a los soldados, ni a los policías que la han azotado, cualquiera que haya sido la época en que ellas hayan sucedido y los genes que se hubiesen podido entrecruzar para forjar el temperamento y la actitud del tulueño, que cuando no se heredan se vuelven contagiosos.

La magia de la literatura y, más, de las historias bien contadas, consigue que un libro que pretende hablar de odios y muerte, de violencia e iniquidad resulte mostrando rasgos culturales de un pueblo. Revela la forma como sus habitantes se relacionan entre sí, como se quieren o se desprecian, se venden y compran cosas, y en qué creen y de qué manera, lo que comen y beben, y a qué se dedican para vivir.

Eso sucede en *Las guerras de Tuluá*. El libro exhibe aspectos culturales tulueños y vallecaucanos en los que, por supuesto, se notan influencias de otros pueblos, como el antioqueño, el tolimense, el caucano y el nariñense, no menos agresivos que aquellos. Y eso de mostrar la cultura se da porque Gardezabal, además de narrar los hechos, les provee carne y hueso y les pone nombres. Así dejan de ser asuntos abstractos y se convierten en realidad concreta, enriquecida con ficción.

El estilo cuidado, lleno de malabares lingüísticos que no distraen, sino que sorprenden, puede notarse desde las primeras páginas del volumen: “Cuando los tiempos no eran tiempos, y el río inundaba todas las orillas, y mucho más, abundaban los sauces

en la franja oriental”. Una forma distinta de decir que se trata de tiempos remotos: esos durante los cuales el bravo cacique habitaba esas breñas y, al decir de las leyendas, era un rezado o ayudado por fuerzas misteriosas. Además de “La mano de Burrigá”, relato que inicia con esas palabras, todos los demás poseen alguna singularidad: el personaje extraordinario, la anécdota, los métodos de resolver los problemas. Y cada uno se enmarca en un capítulo de las guerras colombianas.

Sí, los veinte relatos, pero ¿cómo no mencionar al menos algunos de ellos para sembrar en los lectores la semilla de la curiosidad?

“Calígula Restrepo”, por ejemplo, es impresionante. Malévolo desde chiquito, Carlos Humberto Restrepo era promiscuo y zoofílico, así como tramposo en los juegos. No robaba por carecer de medios, puesto que era rico, sino por la pasión que sentía al hacerlo y al matar. Con maldad formó un imperio de miedo que parecía indestructible. El *tatequieto* se lo puso alguien que se suponía indefenso: una viuda, quien usó abejas como arma.

“El paredón de los amores”, “Los dados de Teodoro” y “El último de los rezados” revelan ese fetichismo que, junto con la violencia y la corrupción de los gamonales y caciques, constituyen los temas obsesivos del autor de *Cóndores no entierran todos los días* (1972). En el primero de estos tres relatos cuenta sobre un hombre, Martiniano García, que no moría por los tiros que le disparaba el pelotón de fusilamiento, porque estaba asistido por el demonio. El segundo, la historia de Teodoro González, un amansador de caballos y jugador, de quien dijeron que jugaba con dados, hechos con huesos de soldados caídos en la Guerra de los Mil Días y que por eso ganaba tanto. Este asunto, que mantenía el asombro en los otros juerguistas, le impidió descansar

en paz cuando murió. Y “El último de los rezados”, con el que termina el volumen, es el de un sicario amparado con placa de metal en el cuello y escapulario de la Virgen del Carmen amarrado en los testículos, porque en nuestro medio, los malos son tan devotos como sus víctimas. Este matón cobra deudas de otros; en este caso, la de un amor traicionado.

De *Las guerras de Tuluá* queda, entre otras, esta conclusión: en el corazón del Valle se han matado por lo mismo y de igual manera que nos hemos matado

en el resto del país: por líos indígenas en tiempos prehispánicos; choques entre nativos y españoles en la Conquista; ideas federalistas y centralistas en la República; disputas territoriales, como las de paracos y guerrillos, en tiempos recientes; narcotráfico; celos de enamorados y, sobre todo, por tierra. Mediante enfrentamientos, emboscadas y explosiones, con flecha, magia, bala y motosierra.

JOHN SALDARRIAGA
Escritor colombiano

Mariela Zuluaga

Más que rumores: la vida canta en el bosque de Riberas de Rosario

Más que rumores: la vida canta en el bosque de Riberas de Rosario
Mariela Zuluaga

Fondo Mixto del Valle Cooperativa Cometa
Valle del Cauca, 2018



Tomado de <http://bit.ly/2OMXXCN>

Seductor

*De elegante presencia
y plumaje real,
puede quitar del pico
la carroña al amigo
sin perder su compostura.*

Este poema pertenece al más reciente libro con el que nos sorprende Mariela Zuluaga. Lo hace por varias razones. Por esta particular poesía; por su amor a las aves, por su alianza con la ornitóloga Johan Zuluaga-Bonilla, su sobrina, y por la factura del libro producido por la autora, con el apoyo del Fondo Mixto de la Promoción de la Cultura

y las Artes del Valle del Cauca y de un equipo de la Cooperativa Cometa, a la cual ella pertenece. Una joya de trabajo en equipo.

Se trata de un libro de textos y lecturas múltiples: de poesía literaria, de una estética visual-fotográfica tal vez poética y de textos de carácter científico. Vamos por partes antes de entrar a lo poético. El libro se origina por la sensibilidad de su autora hacia la naturaleza, pues nació en la vereda Vanguardia de Villavicencio —allí funciona hoy el aeropuerto del mismo nombre—, donde se familiarizó, claro, por la fauna y la flora de su región desde su infancia. Des-

pués de ejercer el periodismo; de publicar poesía y cuento para niños y adultos, una novela, textos didácticos como la particular *Constitución para niños* o talleres de creación literaria “Para dar voz a la vida”, que ha dirigido hasta en las mismas selvas del Guaviare, ella se traslada a vivir a Jamundí, Valle, al barrio Riberas del Rosario, el cual está como adosado a un bosque que es un reservorio de aves y de otros animales como nutrias. El departamento de Valle del Cauca es conocido internacionalmente por ser un lugar de avistamiento de aves.

Mientras ella trabaja tejiendo textos en su computador, a su ventana llegan distintos pájaros, o pasan volando y cantando, lo que la inspiró a crear los textos poéticos que hacen parte del libro. Esa particular sensibilidad plasmada y urdida en esos textos me evoca la poesía china, digamos Li Po, donde por medio de la palabra sencilla se redescubre nuestra relación humana con la naturaleza. Mariela Zuluaga traza en unos versos su precepción del ave que, de alguna manera, resulta domesticada por su palabra o por su pluma poética, precisamente. Sin embargo, sus versos también pueden evocar otras lecturas, como en el poema citado (p. 29), donde uno no puede ignorar que ella pensó, con una suerte de ironía, en otro animal bípedo muy extendido por la geografía nacional, también muy seductor, aunque el poema esté dedicado a un ave falconiforme, llamada Caracará, al cual ella atribuye un concepto: el *donaire*, acaso por su postura.

Así, a cada una de las más de cuarenta aves a las cuales hace este homenaje les atribuye un concepto. El concepto de *maestría*, dedicado al gorgui amarillo, quizás alude a sus dotes de cantor: “Para el corneta menor / en lucimiento de gala, / oscura capa azul / sobre overol dorado”. El texto pude sugerir tanto la belleza de su canto como la de su plumaje. El poema titulado “Incendio” pregunta “¿Tiene la rama seca / responsabili-

dad alguna, / de que el pecho ardiente / del titiribí / sea la primera chispa?” Y lleva a su creadora al concepto de *fuego*. Su fotografía, como tantas otras de sendas aves, resalta la gama de los rojos del animal sobre el fondo verde, de todos los colores, como diría Aurelio Arturo.

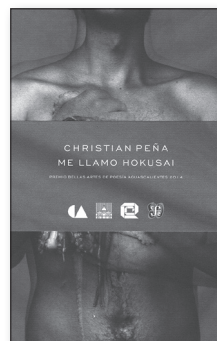
A propósito de la belleza de su plumaje, el libro muestra la particularidad de cada ave con una fotografía a color hecha por Johana Zuluaga-Bonilla, experta en aves y quien también escribe un texto breve sobre aspectos curiosos de cada ave y presenta su taxonomía, es decir, su clasificación según las respectivas normas científicas. Esta conjugación poética-científica-estética resulta en un hermoso libro cuidadosamente editado, diseñado por María Cristina Rueda y Wilson Martínez, e impreso por Xpress Estudio Gráfico y Digital-Xpress Kimpres.

Sin pretenderlo, por otra parte, el libro nos acerca a la riqueza de la avifauna de esta región del país y nos invita tanto a los pobladores cercanos a Riberas del Rosario como a todos los colombianos a apreciar este patrimonio natural que tenemos, pero que desconocemos en gran parte y, por tanto, no defendemos. De acuerdo con el instituto Alexander von Humboldt, en Colombia se han descubierto siete nuevas especies de aves en los últimos cinco años, de las cuales dos fueron vistas en 2017. Y en un evento conocido como Global Big Day —vea las páginas web del Instituto mencionado y de e-Bird—, el país se coronó campeón por segunda vez al registrar 1546 especies de aves en un solo día. No en vano el país cuenta con más de 7 asociaciones dedicadas al tema de las aves. Solo resta invitar a este polifónico banquete, en compañía del sonido de los pájaros en vivo o en la web.

NELSON RICARDO AMAYA ESPITIA
Comunicador social con estudios de maestría en literatura. Investigador, poeta y ensayista.

Christian Peña *Me llamo Hokusai*

Me llamo Hokusai
Christian Peña
Fondo de Cultura Económica
México, 2014.



Tomado de <http://bit.ly/35uIn1w>

La poesía que se encuentra condensada en estas líneas de Christian Peña, “hasta el último aliento, brillante...”, le permitió obtener, en el año 2014, el premio de Bellas Artes de Poesía Aguascalientes. Me refiero a poesía condensada porque el autor sintetizó de manera ingeniosa muchos de los asuntos que hacen parte de la vida misma. El índice resulta ser bastante sugerente: cada introducción a determinado poema pareciera ser, en sí mismo, un poema. De la misma manera, hace un uso exquisito de la éfrasis —descripción rigurosa de una creación artística— que se deriva de algunas obras de un pintor japonés.

Cinco escritos conforman el poemario de Christian Peña:

En primer lugar, el poema encargado del recibimiento es “La gran ola de Kanagawa (...)”. Estas líneas poseen una estrecha relación con la obra conocida como *La gran ola*, elaborada con planchas y papel húmedo, que hace parte de la galería del célebre pintor japonés Katsushika Hokusai. El inmenso poder y fuerza que tiene una ola quizás se asemeje a la presión que ejerce un padre hacia un hijo o, bueno, al menos esa es la semejanza que el poeta plantea en la génesis de este poema; la memoria y el acto de recordación están presentes en este. El autor, a través del uso de analogías expone asuntos relacionados con el miedo y lo bizarro a la vez. ¿“Patitos de hule”, *corazones de hule*?

El *ukiyo-e*, manifestación artística, puede ser el principio e inspiración que trajo consigo el surgimiento del segundo poema, o tal vez solo sea el delirio de un cineasta el que dio paso a estas líneas que llevan inmersas en su título “El monte Fuji”. El dolor por un padecimiento, el dolor por una condición, el dolor que puede llegar a ocasionar la más diminuta gota de lava en la piel. La naturaleza, al igual que un ser vivo, también padece, solo que lo expresa de formas distintas, quizá por medio de una explosión o la erupción de —algún— volcán, la misma explosión que este autor mexicano puede ligar, de manera simbólica, a la destrucción que ocasiona un tumor. Aquí la vulcanología y la oncología pretenden ir de la mano, por supuesto, sin dejar de lado el papel de un padre: el poder que ejerce el humo sobre la esperanza. ¿Coincidimos por causa de dolencias?

Con una forma de trazar minuciosa y detallada, este autor mexicano nos expone en el tercer poema “El sueño de la esposa del pescador (...)” lo sensitivo y placentero que se encierra en “mi otro yo”, y se puede llegar a manifestar a través de lo onírico. Tal vez un sueño erótico nos persiga hasta el hartazgo, la locura o la obsesión, lo que ocurra primero. ¿Y si ese mismo sueño nos apremia, incluso cuando dejamos de soñar, el deseo provocaría que terminaríamos abrazando con tentáculos en vez de brazos? El poeta mexicano hace que me cuestione

en torno a la pasión: ¿qué tipo de pulpo seremos en medio del éxtasis? De la misma manera, no se pueden dejar de lado las letras del uruguayo Onetti, que se proyectan en la poesía del autor y llevan la metáfora a una expresión excepcional. Numerosas descripciones que se van desarrollando a lo largo del relato hacen que este poema sea uno de mis predilectos.

En estas líneas se ve reflejado cómo naturalizamos lo que no entendemos; cuestionamientos que llegan a ser parte de la cotidianidad y por ende no ahondamos en ellos. En “El fantasma de Kohada (...)”, recordar y olvidar son contraposiciones que el poeta trae a colación para resaltar el papel de las fronteras, incluso las simbólicas, como lo puede llegar a ser la muerte y la memoria. Aquí conviene detenerse también a entender qué significación se le ha dado a un fantasma en algunas culturas: ¿referirnos a este tipo de aparición es únicamente para señalar lo paranormal? Y si hablamos de resignificación, ¿no sería mejor plantear una perspectiva en donde un fantasma sea, sencillamente, la [semi]permanencia luego de una prolongada ausencia? Para entender mejor las analogías que el autor mexicano expone en este cuarto texto, cabe preguntarse si se puede llegar a comparar la muerte de algún ser querido con la muerte de

alguna extremidad: ¿miembro amputado, miembro que falleció?

Por último, en el escrito “Me llamo Hokusai (...)” —nombre que también se le asigna al poemario—, se dilatan las palabras y traen consigo lucidez; siento que, de alguna manera, aquí se da la convergencia de los demás poemas. Testimonios, nombres, la locura son pluralidades que se adhieren a este poema para hacer de las letras del autor una referencia a las múltiples identificaciones —sucesos, personas, procesos, ciclos, incidentes— por las que las personas, tal vez, cruzamos en la vida para así poder llegar a construir una identidad.

Pese a que las fronteras entre algunos párrafos llegaron a ser muy marcadas y se contrapusieron a la fluidez de la lectura, este autor logró compendiar abundantes referencias en este poemario. No obstante, resultaría necesario un “lente con más aumento” para poder rastrear cada personaje o para comprender más a fondo cada nombre, concepto, lugar o punto de referencia; el autor aterriza colores, formas, texturas, fenómenos y trivialidades a unas líneas que van reflejando, si se quiere, una [macro]mirada a la vida misma.

TATIANA RIVERA
Escritora colombiana